

La oscuridad

Se apreció un sonido sordo. Se había desplomado contra el duro suelo. Después, oscuridad. Estaba completamente rodeada de una oscuridad asfixiante que la invitaba a dejarse llevar con su cálida caricia. Cada vez se alejaba más del recuerdo de su triste vida. De repente, sintió un pinchazo en la tripa. Notaba como un frío y pulido objeto se le colaba entre las ropas. Desganada, volvió a la realidad. Agotada como estaba, tuvo que hacer un gran esfuerzo por incorporarse. Ante todo, volvió a ver un espectáculo que ya le era muy conocido. Grandes extensiones de tierra dura y yerma parecían desafiarla, burlonas, a que continuara con su huida, alargando su agonía.

Dentro de lo que su cuerpo entumecido por el frío le permitía, consiguió coger el objeto metálico que se le escurría entre las manos. Se quedó varios minutos enmudecida ante tanta belleza. Era una pieza plateada. Hilos metálicos sujetaban una gema plateada que irradiaba una luz blanquecina a la base. No podía controlar su asombro. Mientras acariciaba el colgante percibió leves relieves en la parte trasera. Bruscamente, giró el colgante y observó unos trazos extraños que consiguió descifrar pese a su ignorancia.

Los trazos rezaban:

Cuenta las estrellas y hallarás la respuesta
Sigue tu camino y, por lo tanto, tu destino.

Según bajaba la temperatura, el aturdimiento era mayor. Antes de sumergirse en un sueño pesado, distinguió en la gran cúpula del cielo una estrella que parecía brillar sólo para ella. Con el nuevo día, su cerebro fue registrando agudos pinchazos a lo largo de todo su cuerpo. Los pinchazos se convirtieron en un dolor que no podía ignorar. Se despertó. Analizándose cada parte de su cuerpo, fue consciente de las numerosas quemaduras y heridas sin cicatrizar que tenía. Intento dirigir de nuevo su atención al misterioso colgante. Decidió colgárselo alrededor del cuello. Otra decisión que tomó fue la de continuar su viaje y salir de esas tierras de la soledad.

A la luz de un nuevo día, se podía observar a una chica de unos catorce años, delgada y esbelta. Su tez morena no desentonaba con sus grandes ojos negros que alegraban su rostro. En su sopor, sonreía en sueños mostrando un rostro armonioso y delicado. Su pelo, también oscuro, caía en cascada sobre sus hombros. Finas trenzas adornaban sus cabellos. Pero ella no era consciente de todo esto, pues el sufrimiento vivido y todo lo que tendría que

afrontar ocupaban completamente su mente. A pesar de su ignorancia, sus pensamientos eran razonables y todos muy premeditados.

Aprovechando las esperanzas que acarreaba la luz del día, emprendió su camino. Su avanzar era penoso pero constante. Las horas pasaron con el movimiento del sol en lo alto del cielo y la acción de caminar se convirtió en algo mecánico. Entre los delirios provocados por el agotamiento siempre surgía una voz que la recordaba el por qué de su lucha por sobrevivir y salir victoriosa de ese recóndito lugar.

El tiempo para ella era algo demasiado abstracto que era mejor no controlar. Siguió caminando. Sólo la sostenía su fuerza de voluntad. Al final del día se desplomó.

Lentamente, levantó su polvorienta cara y contempló las inmensas montañas que surcaban esas tierras. No había otro camino. Mientras iniciaba la escalada, numerosos pensamientos asaltaron su mente: ¿Qué me encontraré al otro lado? ¿Es ése mi destino? ¿Sufrir sin ninguna recompensa? ¿Pasar el resto de mi vida en la más odiosa soledad? Pronto tuvo que dejar de pensar para concentrarse en agarrar las débiles plantas que crecían entre las grietas. Las piedras y las ramas no tuvieron clemencia de sus manos y piernas que se llenaron de arañazos y heridas. Sin embargo, ella no era completamente consciente de ello. La oscuridad se apoderaba de ella. La arropaba, la protegía. Entre las sombras de su mente creyó vislumbrar un rostro sin nombre que no le resultó desconocido. A una orden suya, comenzó a correr. El rostro se alejaba según ella intentaba darle alcance. Pero la más horrible sensación era la de no correr lo suficientemente deprisa, la de alargar la mano y saber que todo estaba perdido. Que el rostro se difuminaba en la lejanía. Que había perdido.

Seguir al rostro había sido una tontería, se dijo. Simplemente, estaba perdida. Una brisa cálida le trajo un sonido apagado. En ese instante fue consciente de que llevaba días sin escuchar siquiera su propia voz. Se había sumido en el más apacible de los silencios. Temblorosamente, sus labios articularon varias palabras, pero sólo se escuchó una: Lis. Su nombre. Su pasado. No fue agradable recordar. Probó a compartir sus pensamientos con el aire. Funcionó. Una de las mayores fuentes de esperanza es la de escuchar una voz humana.

Sin darse cuenta, se encontraba en lo alto de la montaña. Desde la altura vislumbró a lo lejos una mancha azul que supuso era un lago. Hasta entonces

no había sido consciente de lo sedienta que se encontraba. Se apresuró a descender la montaña, rápida, aunque cuidadosamente. Aún así, varias veces estuvo a punto de despeñarse. Su propósito era llegar allí antes del anochecer.

Al atardecer, con los últimos rayos de sol, se sentó a la orilla del lago. El lago exhibía una belleza cristalina. Como hipnotizada, se acercó a las aguas. Introdujo sus manos en el agua. Tembló ante el frescor del agua que curaba sus manos doloridas. Seguidamente, se lavó su sucia cara. Después de saciar su sed, se sintió feliz. Quiso introducir su fino dedo en el agua para contemplar las suaves hondas. Pero no pudo. En los asombrados ojos de la chica se veía la luz azulada que irradiaba el lago. Y la chica contemplaba el lago congelado que se perdía en el horizonte...

El silencio se adueñó del aula. La voz de la profesora les devolvió bruscamente a la realidad. Nadie quería interrumpir el relato. Estaban demasiado sumergidos en ese mundo mágico. La profesora se enorgullecía de la reacción de todos sus alumnos, mostrando una actitud positiva hacia la lectura. Incluso los que no acostumbraban a leer, estaban emocionados. Era un comienzo. Un comienzo acertado.

Sara Nogales Sainz. 13 años